

Si Dios Padre permite la enfermedad, es porque debe ser necesaria para la salud del alma

Gilberto Urrutia

La enfermedad como proceso natural de nuestro frágil y mortal cuerpo, forma parte integrante de la vida. Durante su ciclo normal de vida el cuerpo envejece sin pausa, se deteriora progresivamente, se enferma y muere.

Y si la enfermedad es una condición natural en la que el ser humano en ciertas ocasiones se encuentra, debe tener ese estado patológico un propósito determinado para el enfermo y para los que le rodean.

En el orden del universo, todo lo que sucede tiene un propósito.

El hecho de que los seres humanos ignoremos los propósitos ocultos, que Dios en su soberanía le haya otorgado a los acontecimientos que ocurren en su creación, no significa que no existan.

Albert Einstein, refiriéndose en una oportunidad al perfecto orden universal, dijo: *„Dios no juega a los dados“*

Es conveniente también recordar, que toda actividad natural tiene siempre efectos positivos y negativos, como el momento del parto, en que el dolor y la alegría son siempre inseparables.

Por consiguiente, la enfermedad no puede ser considerada como un accidente adverso de la naturaleza, ni tampoco un castigo de Dios, como lo creían los antiguos israelitas.

Así como no se reflexiona, ni se habla en absoluto sobre el sublime propósito del dolor de parto, tampoco nadie se molesta en meditar sobre el propósito último que puede tener el sufrimiento de la enfermedad en la vida interior y en la conciencia del enfermo, debido seguramente a que ambas experiencias son aflictivas y desagradables.

Dependiendo desde cuál perspectiva se mire a la enfermedad, se le describirá de diferentes formas y se le atribuirán diversos efectos según sea el caso:

- La persona enferma dirá que es: un problema, una desgracia, pérdida de tiempo, pérdida de independencia personal, un gasto innecesario, un aburrimiento, etc.
- El médico tratante dirá que es: un caso interesante, una oportunidad de ganar dinero, un aprendizaje, una experiencia médica más, un cliente más, etc.
- Los familiares del enfermo dirán que es: mala suerte, una preocupación más, más trabajo por la atención y curación, un trastorno entorpecedor de la tranquilidad familiar, etc.
- El patrón dirá que es: un inconveniente para la empresa, más trabajo, menos ganancias, una excusa del empleado para no trabajar, etc.
- El hospital dirá que es: más cantidad de dinero que ingresa, un caso más para experimentar, un medio más para amortizar equipos médicos, una fuente de trabajo, etc.

En esta oportunidad voy a introducir una perspectiva adicional: el enfoque espiritual que tanto se ignora y se olvida cuando en nuestra vida todo va bien, cuando estamos sanos y fuertes, y cuando nos atrapa la ilusión de que somos casi indestructibles y dueños absolutos de nuestro destino.

Esa perspectiva de nuestra dimensión espiritual, que como a la cenicienta, la menospreciamos injustamente y no la tomamos en cuenta, hasta que arriba el momento providencial en que algún infortunio inesperado sucede en nuestra vida, que nos afecte y nos conmueva las entrañas.

Con el paso de los años se afianza en mi cada vez más la creencia, de que por pura Gracia y Misericordia, Dios en su majestuoso plan para la salvación individual de las almas, le habría asignado a la enfermedad, la prodigiosa capacidad de hacer aflorar al alma de las profundidades del cuerpo, y de ponerla en primer plano del interés y de la atención de la persona que está enferma.

Ésta hipótesis la sostengo con dos experiencias personales vividas en mi familia: la de mi padre y la mía propia.

Mi padre quién fue médico cirujano, a la edad de 52 años y en pleno auge de su carrera profesional se enfermó de una afección muy agresiva y mortal, cuyo padecimiento soportó con coraje y paciencia durante más de 2 años. Así como sucede muy frecuentemente entre médicos y científicos, mi padre era un escéptico de la religión y no creía en Dios. Cuando su enfermedad estaba ya bastante avanzada, un dichoso día le pidió a mi mamá que llamara a un sacerdote amigo de la familia. Ya casi sin poder hablar y con la ayuda de un estetoscopio, se confesó y el sacerdote le pudo proporcionar la asistencia espiritual requerida.

En mi experiencia con una enfermedad que padecí durante más de 30 años, no fueron los dolores y las punzadas, que debió haber sentido mi papá los que me atormentaron, sino un prolongado sufrimiento emocional y una gran ansiedad, que después de haberme alejado imprudentemente de Dios, me constriñeron a tomar conciencia de la gran dependencia que tengo de Dios y de la necesidad de refugiarme de nuevo en él.

El padecimiento de la enfermedad desempeña un doble papel en nuestra vida espiritual: el de tutor implacable, que nos obliga a tomar conciencia de sí mismos, y el de riguroso domador del orgullo y la vanidad. Por experiencia sabemos muy bien, que una grave enfermedad logra convertir al individuo más valiente, fuerte y presumido en un pequeño niño indefenso y sumiso. Esta transformación que se da en la conciencia del paciente sufrido, me hace asociarla con lo que una vez dijo Jesús : « **De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos** ». Mateo 18, 3

¿No será que el sufrimiento generado por la enfermedad, pueda ser utilizado por Dios como un mecanismo divino que nos ayuda hacernos como niños, recuperando así la requerida sencillez de corazón y la actitud natural de fe, para poder acercarnos a Dios con confianza y humildad? Valdría la pena que meditáramos sobre esto!

La Gracia y la misericordia de Dios para con la humanidad son infinitas.

Eso además, es una clara manifestación más de la universalidad del amor y de la justicia de Dios, ya que la enfermedad y el sufrimiento que causa, son de carácter universal. Todos los seres humanos sin excepción y sin distinción alguna, son susceptibles de padecer enfermedades en algún momento de su vida.

«Nacer aquí y en cuerpo mortal es ya comenzar a padecer algún mal», dijo San Agustín.

A pesar de todo lo que nos pueda suceder en ésta vida dura y turbulenta, no debemos de dudar del amor paternal, con el cual Dios nos atiende y nos guía a lo largo de nuestra existencia terrenal.

"Señor, he aquí el que amas está enfermo." Juan 11: 3

Con éste respetuoso y revelador ruego, María la hermana de Lázaro, le mandó a decir a Jesús que Lázaro, su querido amigo, estaba gravemente enfermo y le pidió que hiciera algo por él.

A pesar de que Jesucristo quería mucho a Lázaro, el joven murió a los pocos días después y cuando Jesús finalmente llegó a la casa de Lázaro, ya tenía varias horas de haber muerto.

El relato de la enfermedad y muerte de Lázaro en la Biblia nos revela claramente, que el propósito divino del sufrimiento no tiene nada que ver con aborrecimiento, enemistad o mala voluntad por parte de Dios o en éste caso de su Hijo Jesucristo, lo cual, refuta la idea de castigo y sanción que los antiguos israelitas le atribuyeron a la enfermedad.

Posteriormente, el gran apóstol Pablo refiriéndose a los sufrimientos y exhortando a sus oyentes a mantener su confianza en Dios a pesar de todo, les dice:

„Tal vez hayan olvidado la palabra de consuelo que la sabiduría les dirige como a hijos: Hijo, no te pongas triste porque el Señor te corrige, no te desanimes cuando te reprenda; pues el Señor corrige al que ama y castiga al que recibe como hijo.

Ustedes sufren, pero es para su bien, y Dios los trata como a hijos: ¿a qué hijo no lo corrige su padre? „ Hebreos 12, 5-7

La aflicción que causa la enfermedad es una prueba y también una llamada al testimonio, tanto para el que la padece como para las personas que acompañan al enfermo y se hacen partícipes del sufrimiento ajeno.

Cuando un enfermo reconoce su nuevo estado, diciendo: „*siento que algo está mal en mi cuerpo*“ eso pone en evidencia el hecho de que en la persona enferma tiene que haber otro *algo* que no está enfermo, un *algo* que le permite reconocer y padecer su enfermedad y afirmar que es suya. El cuerpo y la mente es la parte del individuo que se enferma y no el alma. Por eso es el alma (conciencia), quién le asigna al enfermo su condición de doliente o sujeto del padecimiento.

La enfermedad, además de ser un estado psicossomático natural en el ser humano, es siempre una aflicción, tal aflicción es sentida por el alma. Entendida así, la enfermedad pone a prueba la fe en Dios del paciente, es decir, una prueba para fortalecer nuestra vida espiritual.

„Feliz el hombre que soporta pacientemente la prueba, porque, después de probado, recibirá la corona de vida que el Señor prometió a los que lo aman.“
Santiago 1, 1

En el transcurso de la historia de la humanidad y según las creencias y cultura de las diferentes naciones, el concepto y la noción de los pueblos sobre la enfermedad, ha estado cambiando conjuntamente con los cambios de épocas que se han dado. Por eso hoy en día en las sociedades occidentales, la enfermedad se considera y se asume con una actitud muy diferente, al punto de vista con que se veían las epidemias en épocas pasadas.

Desde hace 50 años se ha estado consolidando en la sociedad moderna la utópica visión, de que el progreso humano ilimitado puede lograr vencer la enfermedad, y de que la ciencia y la tecnología son capaces de dominar la naturaleza, lo cual ha generado el mito de la desaparición de la enfermedad y del surgimiento de una sociedad sana y eficiente libre de trastornos de salud.

En vista de que soñar no cuesta nada, mucha gente se dejó contagiar de esa ilusión de que la ciencia y la medicina moderna podían erradicar las enfermedades en un futuro próximo. Por fortuna, el paso firme y arrollador de la realidad inexorable se ha encargado en los últimos años, de desencantar a esos tecnócratas ilusos y de ponerles de nuevo los pies sobre la tierra.

Sin embargo, la privatización y la tecnificación de los hospitales por un lado y el mercantilismo en el ejercicio de la profesión médica por el otro, son las nuevas corrientes que se han apoderado de los servicios de salud, creando nuevos y graves problemas éticos y morales como:

- el tradicional criterio médico está siendo pervertido por el criterio económico y por el afán de lucro en el tratamiento y la curación de los enfermos
- la deshumanización de los pacientes, en que la persona y la dignidad del enfermo ya no son tan importantes como lo es su monedero.

En vista de que el pensamiento hipocrático que rige la ética médica, que establece como único objetivo de la práctica médica el bien de los enfermos, ya no se está aplicando con la misma rigurosidad como en el pasado, es conveniente que como pacientes cuando estemos enfermos, escuchemos las sugerencias de los médicos con cierta reserva, pero nunca dejemos de escuchar la voz de nuestra propia conciencia, la cual siempre quiere lo mejor para nosotros y no se equivoca.

Como broche de oro de ésta reflexión, he escogido un extracto del texto de un excelente sermón titulado *la enfermedad* de J. C. Ryle (1810-1900), quien fue obispo anglicano de Liverpool, el cual me ha servido de inspiración para escribir éstas líneas sobre el propósito del sufrimiento que nos infligen las enfermedades:

« Yo les pido que crean que Dios permite el dolor, la enfermedad, y las dolencias, no porque quiera vejar al hombre, sino porque Él desea beneficiar al corazón, y a la mente, y a la conciencia, y al alma del hombre por toda la eternidad.

La enfermedad ayuda a recordarles la muerte a los hombres. La mayoría vive como si nunca se fuera a morir. Hacen sus negocios, o buscan el placer, o se dedican a la política o a la ciencia, como si la tierra fuera su eterno hogar. Planean y diseñan sus esquemas para el futuro, como el rico insensato de la parábola, como si tuvieran un largo contrato de vida, y fueran huéspedes aquí a voluntad. Una grave enfermedad es de gran ayuda para disipar estos engaños. Hace despertar a los hombres de sus ensueños, y les recuerda que tienen que morir, así como tienen que vivir. Esto, yo lo afirmo enfáticamente, es un poderoso bien.

La enfermedad ayuda para hacer que los hombres piensen seriamente en Dios, y en sus almas y en el mundo venidero. La mayoría de la gente, cuando goza de salud, no tiene tiempo para tales pensamientos. Les disgustan. Los echan fuera. Los consideran molestos y desagradables. Pero una severa enfermedad tiene a veces un maravilloso poder de convocar y reunir estos pensamientos, y de ponerlos a la vista del alma del hombre.

La enfermedad ayuda a suavizar los corazones de los hombres, y les enseña sabiduría. El corazón natural es tan duro como una piedra. No puede ver ningún bien en nada que no sea de este mundo, y ninguna felicidad excepto en este mundo. Una larga enfermedad algunas veces es de mucha ayuda para corregir estas ideas. Expone el vacío y la falsía de lo que el mundo llama cosas "buenas," y nos enseña a sostenerlas sin una mano firme. El hombre de negocios descubre que el dinero en sí no es todo lo que el corazón requiere. La mujer mundana encuentra que los vestidos costosos, y la literatura, y las crónicas de las fiestas y de las óperas, son miserables consoladores en la habitación de un enfermo.

No tenemos ningún derecho de murmurar de la enfermedad, ni quejarnos de su presencia en el mundo. Más bien debemos dar gracias a Dios por ella. Es un testigo de Dios. Es consejera del alma. Ciertamente tengo el derecho de decirles que la enfermedad es una bendición y no una maldición, una ayuda y no una lesión, una ganancia y no una pérdida, un amigo y no un enemigo para la humanidad. Mientras tengamos un mundo en el que hay pecado, es una misericordia que sea un mundo en el que hay enfermedad. »